

La tercera etapa

de la lucha guerrillera

en Colombia



Libia Isabel Barrera Pineda.*

Según Gonzalo Sánchez (1985)¹, Colombia ha pasado por tres etapas de lucha guerrillera. La primera, según este autor, pretendía saldar las rivalidades internas de la clase dominante. La segunda, se caracterizó por la oleada de violencia que golpeó al país durante el siglo XX y la tercera, “es la etapa que aún vivimos hoy, la que estamos atravesando” (Ibíd., 218). Parece ser que lo característico de las primeras etapas de la guerra era la tensión que, en el ámbito social, causaba la orientación política. Esto hacía que el pueblo se levantara en contra del gobierno para protestar por la representatividad del partido opuesto al imperante. El curso de la segunda etapa se distingue de la primera en que esta última se caracterizaba por un doble movimiento. Mientras la contienda política era dirigida por miembros de la clase dominante, en el plano militar era el pueblo quien dominaba, especialmente el campesinado.

Más que mostrar los hechos históricos que han caracterizado las etapas de la violencia colombiana, el objetivo de

este ensayo es exhibir una radiografía de la etapa que a mi me tocó vivir: la tercera fase de la lucha guerrillera en Colombia; y así mostrar que la crisis orgánica de la sociedad colombiana es el resultado de la suspensión de un cambio radical del sistema político que ha sido pedido a gritos por la propia historia de la nación.

Mientras leía el ensayo de Sánchez, pensaba que la guerra de hoy se asemeja a las escenas del cine mudo, es una guerra en la que prácticamente no existe la protesta, una guerra que ha opacado la dignidad de los ciudadanos, una guerra que ha eliminado el orgullo que cualquier individuo tiene derecho a sentir por su nacionalidad, una guerra que ha perdido sus ideales políticos e ideológicos para convertirse en la contienda de dos monstruos armados: las FARC y las AUC.

En el libro que Mauricio Aranguren publicó sobre los secretos de Carlos Castaño, el jefe militar de las AUC declaraba que:

* Estudiante de Economía, Universidad Externado de Colombia.

E-mail: libia16@yahoo.com

¹ En el artículo Raíces históricas de la amnistía o las etapas de la guerra en Colombia, el autor discute las discusiones sobre la paz y la amnistía, así como las diferentes posiciones de los grupos armados frente a estos sucesos.

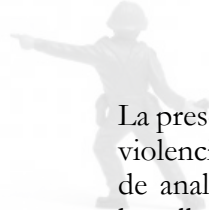
“La guerra en Colombia no es tan elemental como la pintan algunas personas. Aquí hay más de fondo. No es sólo una guerrilla contra una Autodefensa, unos que se quieren tomar el poder y otros que queremos impedirlo; algunos que quieren implantar un nuevo modelo de gobierno y otros que deseamos uno distinto, o una clase dirigente corrupta que quiere seguir viviendo del cuento. La llama que impulsa la guerra no es sólo el odio que se acumula entre las personas (...). Somos fichas de una partida de ajedrez que la juegan dos potencias: los Estados Unidos y la Unión Europea. ¿A qué juego yo? A que, siendo alfil, no me cambien por un peón; mínimo, por otro alfil. Por intrascendente que sea Colombia en el nuevo orden internacional, nuestro país sígue siendo una nación estratégicamente bien ubicada”.

Considero que de ser cierta la anterior afirmación, la cara del conflicto que enfrenta el pueblo sería diferente a la que los propios dirigentes del conflicto enfrentan. Es el pequeño campesinado el que vive con el temor de que en la noche un grupo paramilitar o guerrillero llegue a sus hogares a terminar con lo poco que les queda, con sus propias vidas, acusándolos de ser parte del grupo enemigo.

Resulta difícil seguir clasificando los ideales actuales en conservadores o liberales, para los grupos insurgentes este ideal ya no existe, ha sido reemplazado por la competencia de ser el único alfil en la partida de ajedrez. Partida que más que ser jugada por las potencias mundiales, es ante todo dirigida por

los burócratas que continúan al mando del país, y los mismos dirigentes de los grupos insurgentes. Lo lamentable de esta partida es que la mesa en que se juega, es el campo colombiano y los peones son los pequeños campesinos que abatidos por la indiferencia del Estado, encuentran como única opción unirse a una lucha sin ideales. Ya no queda la opción de levantarse en contra de las injusticias, “el pueblo subordinado e intelectualmente inerte gritando que le enseñen como dirigir sus pasos” (Sánchez, 1985, 251) ha optado por el conformismo frente a un hecho con el que tenemos que convivir noche y día.

La tercera etapa de la lucha guerrillera en Colombia cuenta, a diferencia de las otras etapas, con un actor adicional: el narcotráfico. Ulises Casas (2000) afirma que desde la caída del comunismo el fenómeno del narcotráfico y la corrupción administrativa del Estado ha generado otra especie de violencia dentro de las sociedades actuales. Osa-ría en llamar a este nuevo tipo de violencia, “violencia capitalista”, que enmarcada en un contexto de capitalismo salvaje imprime en sus actores un aire de individuos racionales al estilo de los ideados por la teoría económica. Racionales porque, al igual que cualquier otra especie, los narcotraficantes deben luchar por su supervivencia y esa lucha implica evadir ser capturados por el Estado o eliminados por parte del equipo contrario al que apoyan financieramente. Racionales, en términos de la teoría económica, porque buscan el mejor camino para minimizar los costos de la evasión: la protección de los grupos insurgentes.



La presencia del narcotráfico hace de la violencia un fenómeno muy complejo de analizar pues el poder, con el que han llegado ha contar los narcotraficantes, ha penetrado los estamentos políticos dominantes y ha contaminado los ideales políticos del movimiento armado guerrillero. Así, el conflicto armado, como un compendio de guerra y narcotráfico, ha acentuado su impacto sobre el bienestar económico del país. Si en principio este impacto se debía a la huella que la guerra iba dejando sobre la sociedad, el campo y el mercado laboral, con la incursión del narcotráfico la legitimidad del Estado se debilita tanto a nivel nacional como internacional y la economía subterránea empieza a ser la clave fundamental del desarrollo y crecimiento económico.

El narcotráfico crea una ola de doble moral en la que, por una parte, se declara una lucha abierta contra tales actividades ilícitas pero, por otra, pareciera que existe un imán que atrae a los individuos a vincularse a esta actividad, pues no deja de percibirse que son los sectores económicos los que realmente ganan con el comercio del narcotráfico. Los narcotraficantes actúan como cualquier otro agente económico dentro del sistema de mercado. Como agente productor, requiere de insumos no sólo para el procesamiento de los narcóticos, sino también para el sostenimiento de la mano de obra que utiliza. Además, el desarrollo de su actividad impulsa el de otras, como la del transporte de carga. Como consumidor, gracias a los beneficios derivados de su actividad, mantiene un nivel de consumo elevado y permite incrementar el número de transacciones realiza-

do en la economía, como resultado de los grandes volúmenes de dinero que maneja.

De esta manera, el narcotráfico y el narcotraficante se presentan ante la población más vulnerable, especialmente aquella que habita en territorios donde la presencia del Estado ha sido precaria, como un apoyo para suplir las necesidades básicas, insatisfechas por la escasez de dinero y de empleo. Y, por otro lado, se presenta ante la burguesía como una fuente de ganancias, de incalculables ganancias.

No pretendo con esto argüir a favor del narcotráfico, pero sí dejar en claro que esta actividad alberga fuerzas coercitivas que han logrado transformar el fenómeno de violencia en el país. Considero que la principal de estas fuerzas es la económica y que esto hace del narcotráfico una muestra adicional del avance del capitalismo, de la sustitución del altruismo por los intereses privados, intereses regidos principalmente por los económicos.

Si bien es cierto que los campesinos han sido las principales víctimas de la guerra, en esta tercera etapa parece agudizarse el número de rostros inocentes abatidos por la violencia. La mayoría de los desplazados por la violencia en Colombia son menores de 18 años, es decir, niños y jóvenes inmersos en la prolongada tragedia de la guerra. Pero los efectos de la guerra sobre la población infantil no quedan en los niños que se ven forzados a abandonar su tierra junto con su familia. El poder que culturalmente significa empuñar un arma y el orgullo de vivir una

etapa de adulto siendo aún niño, hace que un porcentaje elevado de niños se vean atraídos para hacer parte de los grupos insurgentes. Además, teniendo en cuenta que uno de los procesos de la producción de coca (cultivo y recolección) es desarrollado principalmente por el pequeño campesinado, no resulta sorprendente encontrar que los padres incentiven a sus hijos en dicha actividad.

El problema de los niños abatidos por la violencia resulta aún más aterrador cuando se piensa en los niños desplazados por el conflicto que se encuentran en las calles de las principales ciudades buscando la forma de conseguir el sustento necesario para su familia. La problemática del menor trabajador desplazado por la violencia y del menor que ha crecido en el campo de batalla no sólo involucra la desacumulación de capital humano, también, los traumas psicológicos que éste provoca sobre el menor.

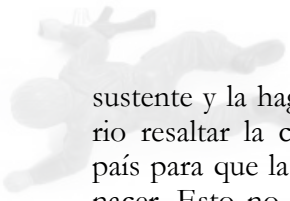
La crueldad de la guerra ha dejado de presentarse solamente a los adultos. Así como el grito de la revolución industrial se dio sobre el uso de la mano de obra de niños y mujeres, el de la violencia colombiana lo fue también sobre estos mismos agentes. De esta manera, el efecto de la guerra, sobre la economía y el desarrollo del país, en el largo plazo, es cada vez más aterrador, pues, además de deteriorar la tierra y arrasar con la fuerza productiva presente, afecta el futuro del país: los niños, y su acumulación de capital humano.

Mientras leía el ensayo de Sánchez, pensaba que a diferencia de los otros

períodos de guerra, en el actual, el principal instrumento del pueblo, contra la violación de sus derechos, es el silencio. Al mismo tiempo me cuestionaba sobre ¿qué tan beneficioso fue lograr disipar la tensión entre conservadores y liberales, para pasar a una guerra sin ideales que ha ampliado su área de dominio y ha disminuido el bienestar del pueblo, del mismo pueblo por el que, en principio, se luchaba?

No considero que los colombianos seamos la “hierba mala” del planeta. El problema no somos nosotros mismos, sino la cultura que se nos ha implantado desde pequeños: el ideal de un mundo en el que la lucha entre las clases sociales parece no avanzar, la concepción de un mundo en el que se excluye a todo aquel que no forme parte del mundo de privilegios. Es decir, las instituciones corruptas que han primado en nuestra historia han hecho que el pueblo pierda la esperanza en su propia nación. Pero, si además de esto, se tiene en cuenta que las clases dirigentes son las que menos conocen al país, ¿qué expectativa queda sobre el futuro de la nación?

Considero que una de las mejores políticas que se han implementado recientemente, ha sido la de “conciencia ciudadana”, pues, ante todo, es indispensable un proceso de sensibilización frente a la problemática del país, frente a los desplazados, los niños trabajadores, los indigentes, los ancianos y, en general, frente a la situación precaria en la que vive más del 60% de la población colombiana. Las políticas del gobierno no podrán tener los mismos resultados si no existe una cohesión social que la



sustente y la haga realidad. Es necesario resaltar la cara bonita de nuestro país para que las esperanzas vuelvan a nacer. Esto no implica que se intente ocultar la realidad del conflicto, sino que se suavice su efecto sobre nuestra dignidad. El objetivo, por tanto, del pueblo colombiano debe ser el de salir de la intolerancia y el desamparo en el que nos ha circunscrito la violencia de las últimas décadas.

Aunque suene un poco utópico, no debemos dejar de soñar con un país mejor, porque no es imposible pensar que de la esperanza individual se pueda llegar a la meta colectiva. Al igual que William Ospina, debemos seguir soñando con:

“(…) Un país que cuando hable de desarrollo hable de desarrollo para todos, y no a expensas del planeta sino pensando también en el mundo en que habitarán las generaciones futuras; que cuando hable de industria nacional sepa recordar, como Gaitán, que industria son por igual los empresarios, los trabajadores y los consumidores. (...) Un país consiente de sus tierras, de sus árboles, de sus mares y de sus criaturas, donde hablar de economía sea hablar de cómo vive el último de los hijos de la República. (...) Un país donde sea imposible que haya gentes durmiendo bajo los puentes o comiendo basuras en las calles. (...) Un país cuya moneda pueda mostrarse y negociarse en cualquier lugar del planeta. (...) Un país de pueblos y ciudades hermosas y dignas, donde los que tengan más sientan el orgullo y la tranquilidad de saber que los

otros viven dignamente. (...) Un país donde cada quien sepa que todos necesitamos de todos, que la noche nos puede sorprender en cualquier parte, que el carro se nos puede varar en las altas carreteras solitarias, y que por ello es bueno que nos esforcemos por sembrar amistad y no resentimiento. (...) Un país donde un indio pueda no sólo ser indio con orgullo, sino que superando esta época en que se lo quiere educar en los errores de la civilización europea aprendamos con respeto su saber profundo de armonía con el cosmos y de conservación de la naturaleza. (...) Un país donde tantos talentosos artistas...dejen de ser figuras pintorescas y marginales, y se conviertan en voceros orgullosos de una nación, en los creadores de sus tradiciones. Todo eso sólo requiere la apasionada y festiva construcción de vínculos sinceros y valerosos (...)”

Referencias Bibliográficas:

- Aranguren, M. 2002. *Mi confesión: Carlos Castaño revela sus secretos*. Editorial Oveja Negra, octava edición.
- Casas, U. 2000. “Los conflictos armados como expresión de las contradicciones políticas”, *Nueva Época*, Vol.6, N.º 13
- Ospina, W. “Colombia: el proyecto nacional y la franja amarilla”, *Revista Número*, N.º 9.
- Sánchez, G. 1985. “Raíces históricas de la amnistía o las etapas de la guerra en Colombia”, *Ensayos de historia social y política del siglo XX*, El Áncora Editores.